

como se eleváran al poder, y la parte turbulenta de la nacion, exasperada cuando se la intentaba imponer el mas ligero freno, consideró todas aquellas medidas que tendieran al establecimiento de un gobierno arreglado como una insostenible tiranía [1]. Las clases inferiores absolutamente incapaces de pensar, no prestaron su apoyo á los diferentes partidos que se suscitaban sino en tanto que estuvieron estos en pugna con sus superiores; pero cuando las dominaron á su vez estos partidos abandonáronlos y pasaron á engrosar las filas de sus contrarios.

No son las instituciones humanas como los palacios que construyen los arquitectos, que se van formando conforme á reglas conocidas, que pueden levantarse en cualquier terreno y que producen un infalible efecto. Aseméjanse mas bien á los árboles de las selvas, cuya vejetacion es lenta, cuyo desarrollo es tardío y que son susceptibles de una destruccion instantánea. Un momento basta para que quede aniquilado lo que costó siglos de trabajo, y siglos trascurren antes de que se pueda reparar la obra hasta ponerla en la disposicion que guardaba. El trasplante, que es tan difícil en el mundo vegetal, es imposible en el moral; es necesario que la tierra nutra á la planta, que ésta se aclimate y que el soplo de los vientos la vigorice. Muchos ejemplos hay de haberse dado pre-

[1] Mig., II, 397.

capitadas instituciones á los pueblos; pero ninguna de las que con tal celeridad se formáran fué duradera. Para que sean adaptables al carácter y hábito de las naciones, es necesario que con estas hayan crecido y robustecido con ellas.

La marcha del progreso es irresistible. La tiranía feudal debe ceder en un siglo de opulencia en creciente, y el espíritu humano quebranta al fin los vínculos con que la supersticion le encadena. No existe poder sobre la tierra que hubiese podido *impedir* que se operase un cambio en el gobierno de la Francia; pero sí se pudieron haber evitado los horrores que para llevarlo á cabo se cometieron y pudo haberse hecho tomar distinto giro. Ha decretado la naturaleza que los hombres sean libres cuando puedan serlo, pero no que adquirieran libertad á costa de torrentes de sangre. De consiguiente, aun cuando era inevitable que cayese el gobierno despótico y que se modificase el poder que las clases privilegiadas ejercian en Francia, habria sido posible á la humana sabiduria salvar aquel país de las horribles atrocidades que se siguieron á la caída de la monarquía y de la nobleza. Pudo haberse respetado la vida del monarca, pudo haberse modificado la constitucion sin destruirla, y pudo, en fin, haberse refrenado á la aristocracia sin esterminarla.

La primera circunstancia que hubiera quizá dado á la revolucion francesa distinto giro, es la

Reflexiones sobre la historia de la revolucion y causas de las calamidades que atrajo.

de que hubiese hecho oportunas concesiones la corona. Si Luis desde los primeros disturbios, hubiese accedido á las grandes y justas peticiones del pueblo; si le hubiese concedido igualdad de tributos, facultad de sufragar sobre subsidios, libertad de embargos y parlamentos periódicos, habríase mitigado la efervescencia del momento y evitándose un inmediato choque entre el trono y el pueblo. Es cierto que despues habria presentado éste mas y mas peticiones y que habria sentido la necesidad de obtener mayores privilegios; pero este descontento procediendo de un origen legal y permitido, pudo haberse acaso desahogado sin causar el trastorno del Estado. No hay otro medio de evitar una inundacion que el de dar desahogo á las aguas y robustecer al mismo tiempo los diques que deben contener su impulso.

Pero ademas de que la gradual concesion de poder al pueblo y la separacion de todos los verdaderos males que padecia habrian sido medidas no menos políticas que justas, es incontestable que la súbita é inmensa adición de importancia que dió Necker al Estado llano, fué un paso infinitamente nocivo, y la verdadera inmediata causa de la revolucion. Tan repentina adición de ascendiente, de igual modo que la instantánea emancipacion de los esclavos, no pudo menos que ser perjudicial, no solo á las elevadas clases, sino aun á las inferiores. Los po-

deres que hace adquirir la libertad no pueden ponerse en manos sino de aquellos que gradualmente hayan ido habituándose á ejercerlos; aquellos que de un golpe y súbitamente los adquieren, en breve caen por el abuso que de ellos hacen, en peor despotismo que aquel cuyas cadenas quebrantáran. A consecuencia de las repentinas cuanto intempestivas innovaciones que se introdujeran en Francia, destruyó aquel pueblo el reinado de un monarca amante de las reformas; cayó bajo la férrea mano de la junta de Seguridad pública, gimió bajo el terrible y sanguinario dominio de Robespierre é inclinó la cerviz al yugo militar de Napoleon.

Cuando se estudia el curso de la revolucion francesa, nada hay que mas en el ánimo se grabe que las desastrosas consecuencias que se siguieron de que hubiesen abandonado á su país los miembros de las altas clases, y lo mucho que hubiera podido conseguirse si hubiesen hecho una decidida resistencia á los primeros ultrajes que intentó inferirles el pueblo. Cerca de 100 mil individuos huyeron cobardemente de su patria en momentos precisamente en que unos cuantos centenares de hombres resueltos podian salvar á la monarquía del abismo en que estaba á punto de sepultarse. La Fayette con un insignificante número de batallones de guardia nacional, derrotó á los jacobinos en el Campo de Marte; si hubiese marchado sobre su club, si se le hubiese sostenido con energía, la época del Terrorismo, seguramentente no habria existido.

Quinientos hombres de caballería pudieron haber puesto á los suizos, el 10 de Agosto, en la posibilidad de dejar bien puesta la dignidad del trono. Tres mil hombres de las fuerzas de las secciones bastaron para hacer caer á Robespierre cuando se hallaba en su mayor preponderancia; un cuerpo de jóvenes indisciplinados arrojó á los jacobinos de las calles y destruyó por siempre el centro donde se reunieran aquella sentina de maldades; Napoleon, con solo 5 mil soldados de línea, venció á la guardia nacional de Paris y sofocó una insurreccion que contaba en su apoyo con todo el vigor moral de la Francia. Sobrados ejemplos son estos para que nos convenzamos de cuanto es capaz de hacer en las convulsiones civiles una pequeña masa de hombres decididos; su vigor físico hácese casi irresistible; su influencia moral atrae forzosamente el triunfo. Con solo una tercera parte de los emigrados que huyeron de Francia, bien dirigida y disciplinada, habria bastado para enfrenar la furia del populacho, poner limites á la ambicion de los turbulentos y evitar los horrores del Terrorismo (1).

Ninguna duda puede ya haber hoy de que la intervencion de los aliados aumentó las calamidades que produjo la Revolucion é hizo que su duracion fuese aun mas dilatada. Las matanzas del dos de Setiembre se perpetraron cuando los ánimos habian llegado á su ma-

(1) Burke, VI, 237.

yor grado de efervescencia con motivo de la aproximacion del duque de Brunswick; y los dias mas terribles que inmediatamente se siguieron á la desercion de Dumouriez y á la batalla de Nerwinde, sucesos que amenazaban echar por tierra el ascendiente de los jacobinos. Solo el conocimiento del comun peligro que corrian pudo haber hecho que se huniesen facciones que con tanto encarnizamiento se combatian; el riesgo en que estaba la Francia pudo únicamente inducir al pueblo á someterse al sanguinario despotismo que asoló por tanto tiempo su territorio. Sostuvieron los jacobinos su predominio, manifestando constantemente que la causa que defendian era la de la independencia nacional, y acusando á sus contrarios de ser enemigos de la patria; y los patriotas gemian y padecian en silencio, porque temian debilitar al Estado si se resistian, y que quedase la Francia borrada del catálogo de las naciones.

Para extinguir una Revolucion uno de dos medios debe adoptarse; ó el de avanzar con vigor y destruir desde su nacimiento á la hidra, ó dejar que luchen entre sí las facciones hasta que se opere aquella reaccion que el crimen y las calamidades necesariamente suscitan. La Revolucion que estalló en España en 1823, y que sofocó el duque de Angulema, presenta un ejemplo de la utilidad del primer sistema; la restauracion de la monarquía en Inglaterra, operada en 1660, es una prueba de la sabiduría del segundo. Pero avanzar profiriendo amenazas y hacer des-

pues una vergonzosa retirada, suscitar resistencia y no domarla, amagar y no descargar el golpe es la mas perniciosa senda que pueda seguirse. Es hacer que se unan las facciones para hacer frente al comun peligro que corren, transformar en vigor militar á la energía revolucionaria, y robustecer al crimen ocasionando que le sirva la virtud de apoyo. Solo la ignorancia en que estaban las potencias europeas en los primeros años de la guerra revolucionaria del nuevo elemento que operaba en el orden de las cosas humanas, puede en cierta manera disculparlas del fatal error en que á los principios incurrieron; pero ya no queda excusa para las generaciones futuras si en la misma falta reinciden.

Pero ningun pueblo comete con impunidad las culpas con que la Revolucion se mancillára. Casi todos los que hicieron palpel en aquella sangrienta tragedia se destruyeron unos á otros; condujéronles sus propios crímenes á su natural y condigno castigo, haciéndoles que fuesen las primeras víctimas que inmolasen las pasiones que desenfrenáran. Empero debíase tambien una notable y espantosa retribucion á la nacion que habia tolerado que tamañas iniquidades se cometiesen, que habia permitido que tan copiosos torrentes de sangre inocente se derramasen y que se difundiesen por el pais en tanta cópia acerbísimos padecimientos. Estos crímenes fueron anotados en el libro del destino; las angustias que esta nacion ocasionára á las demas, en breve sintiólas ella misma; las lágrimas que ha-

bia hecho verter compensáronse con los torrentes de ellas que derramáran multitud de sus criminales hijos (1). En castigo de su crueldad vióse diezmada la Francia; lo mas florido de su juventud fué arrojado á los campos de batalla y de ella hizo ópima cosecha la muerte, y las nieves de la Rusia sirvieron de compensacion á la guillotina de Paris. Alucinados los franceses por el fantasma de la gloria militar, prosternáronse y adoraron al genio que los destruia; siguiéronle hasta las orillas del abismo, hasta que cayéndose al espectro el ropaje que le cubria presentó las pavorosas formas de la muerte.

Este terrífico castigo fué tambien el inmediato efecto de las atrocidades que la atrajeran. Habiendo faltado todos los goces de la vida doméstica, habiéndose hecho desaparecer á todo pacífico ejercicio, solo quedaba una carrera que recorrer, y ésta era la de la violencia. Tanto por necesidad como por inclinacion, no hubo quien no tomase las armas; los padecimientos del pais aumentaron incesantemente las filas de las huestes que se hallaban en las fronteras y volviöse la Francia una gran potencia militar en virtud de aquellas mismas causas que se habian creído que la conducirian á su ruina. La natural consecuencia de esto fué el establecimiento del despotismo militar y que un victorio-

---

(1) "Sobrada materia prestan los infortunios de la Francia." dice Sabary, "para que derramen sus hijos abundante llanto."—Savary, IV, 382.

so capitán prosiguiese sin interrupción la insana carrera de las conquistas. No despertó de su sueño de ambición la Francia sino cuando había segado á su juventud la mano de la muerte cuando habían sido destruidos sus ejércitos, cuando se la habían arrebatado sus conquistas y cuando hubo perdido sus glorias. Tanto el pueblo francés como las potencias aliadas padecieron en estas desastrosas luchas, porque merecían padecer aquel y éstas; el primero por la inaudita crueldad que ejerciera, las últimas por las ambiciosas miras que abrigáran con relación al territorio de la república.

En suma, la historia de aquellos periodos de luto presenta la prueba mas patente que pueda darse de la incesante operación de aquellos principios que tienden á conservar la felicidad de las sociedades aun en los mas afligidos periodos de la existencia humana. Desde la destrucción del imperio romano no había habido una era tan calamitosa como la que inmediatamente se siguió á los sucesos del 10 de Agosto; ninguna había habido en que padeciese con tanta generalidad la inocencia y en que el vicio por tan dilatado tiempo triunfase; en que se hiciese tanta ostentación de ser impio y en que se viese la perversidad tan favorecida; en que tan incesantemente corriesen torrentes de sangre y la angustia tomase asiento en tantas almas. Y sin embargo, aun en aquellos dias calamitosos estaban en constante acción las benévolas leyes de la naturaleza; aquella congoja fué una espacion

de las culpas en tiempos anteriores cometidas, y aquella sangre sirvió para que se mitigase la vehemencia de las actuales discusiones. En la dura escuela de la adversidad aprendióse la sabiduría y abandonóse el error; cesaron las teorías de cegar á sus sostenedores, y de estraviar á los ilusos la ambición, valiéndose del lenguaje de la virtud. Aquellos años de padecimiento hicieron adquirir una esperiencia que hubiera debido ser obra de algunos siglos, y es de esperarse que la mas remota posteridad, en aquel país por lo menos, habrá de recojer los frutos de la época del Terrorismo. Quizá con el trascurso del tiempo, supuesto que nada hay estable en la tierra, habrá de pasar el gobierno de Francia por muchos cambios; acaso habrán de regir sucesivamente en aquel país diferentes instituciones, y ocuparán nuevas dinastías su trono; empero no volverá á desgarrar su seno otra convulsión tan sanguinaria como la pasada; ya no volverán las clases ínfimas á encarnizarse con las superiores; para que haya en fin, en Francia otra revolución semejante á la última, es necesario que no tenga totalmente noticia de ella la generación que entonces exista.